

Serbien-Engagement nachzuzeichnen, sondern sie zurückzuführen auf die kärntner-slowenische Herkunft des Autors – „zwischen Dorf und Stadt, Slowenisch und Deutsch“. Zudem liest Struck Handkes frühes Werk aus dieser Perspektive und arbeitet die beiden Figuren Gregor Keuschnig und Filip Kobal als österreichisches und slowenisches Alter Ego des Autors heraus. Ein literarisches Spiel, das im ersten großen Prosa-Epos Handkes, der *Niemandsbucht* aus dem Jahr 1995, im Zusammenbruch des jugoslawischen Arkadien und der Desillusionierung Kobals zu Ende geht. Im Jahr darauf machte sich Handke zu seiner *Winterlichen Reise* nach Serbien auf und verärgerte durch seine Reisenotizen und die in ihnen enthaltene Kritik an der weltweiten Berichterstattung über den Krieg einen Gutteil der globalen Medienwelt.

Die Hintergründe dieser Erregung, eine Vermengung von poetologischen, werkimmanenten, politischen, persönlichen Faktoren, sind inzwischen nicht nur in der Handke-Forschung bekannt und viel besprochen, aber bislang noch nie derart umfassend, sachkundig und weit in die Literaturgeschichte ausholend wie in Lothar Strucks Studie. Von dieser ersten Erregungswelle des Jahres 1996 ausgehend, spürt er den Folgeskandalen nach, die über Handkes Serbienverteidigung während des Kriegs 1999, seinen Besuch bei dem in Den Haag wegen Völkermord angeklagten Slobodan Milošević und seinen Text über den Prozess gegen den ehemaligen serbischen Präsidenten bis hin zu den Peinlichkeiten rund um die Verleihung des Heine-Preises 2006 gehen, den Handke nach einem empörten Aufrauschen des Blätterwaldes zwar nicht ablehnte, aber auch nicht annahm.

Struck zeichnet all diese Skandale und Debatten zitatenreich nach, fragt sich zwischendurch, „wie viele dieser Handke-Kritiker [...] seine Bücher gelesen, seine Motivationen erforscht“ hätten und versucht, die Polemiken aufzudröseln, Dass er dabei versucht, die Problematik aus der Sichtweise Handkes, aus seinem Schreiben, aus seiner Poetik zu erklären, liegt im Sinn der Sache. Denn tatsächlich fanden die meisten Kritiken auf einer zweiten Ebene statt, da sie weder auf das Werk Handkes eingingen noch seine Texte von seinen Texten aus interpretierten, sondern oft ungehemmt drauflos schrieben und so der Medienkritik Handkes im Nachhinein recht gaben.

Georg PICHLER

THEILE, Gert: *Wilhelm Heine. Lebenskunst in der Goethezeit*. München: Wilhelm Fink 2011. 249 pp.

El discoloro discípulo de Wieland, el herético y escandaloso novelista y libertino, el inefable Johann Jakob Wilhelm Heine (1749-1803) sigue siendo uno de los enigmas mejor guardados de la historia literaria y cultural alemana de la segunda mitad del siglo XVIII, que ciertamente no escaseó en réprobos e inclasificables. En efecto: si uno se atiene a las pocas líneas que le dedican los diccionarios biográficos y repasa las críticas y difamaciones de sus compatriotas, tanto de su tiempo como de la posteridad, cuesta creer que este personaje haya estudiado derecho

y que al cabo del infaltable viaje formativo por Italia, que en su caso se prolongó por más de tres años, haya sentado cabeza como bibliotecario de nada menos que un Arzobispo (el de Maguncia) y que haya elaborado una rica obra literaria, rebotante de cultura. Pero el “enigma Heinse”, o mejor dicho, el “malentendido Heinse”, poco a poco se ha ido aclarando en su suelo natal, gracias a trabajos que han sabido exhumar la compleja figura de este brillante escritor y que lo han reposicionado en el lugar que le corresponde, que ciertamente es incómodo (pues se trata de alguien que no se deja encasillar ni en *Aufklärung*, ni en *Sturm und Drang*, ni en *Empfänglichkeit*, ni en *Klassik*, ni en ninguna corriente del momento). Por su parte, el mundo de habla hispana celebró en 2004 la esmerada publicación de su obra maestra, o al menos más reconocida, *Ardinghello y las islas afortunadas* (1787), ambientada en el Renacimiento italiano, y sigue a la espera de algún estudio específico o siquiera de alguna nueva traducción, que ojalá no tarden en llegar.

Mientras tanto, el minucioso trabajo de Gert Theile contribuye a renovar los estudios heinseanos en su ámbito, con profusa y actualizada bibliografía. Ante todo, su mayor mérito consiste en la doble maniobra de quitar al autor de cualquier filiación que podría absorberlo confusa y forzadamente, como el Clasicismo o el Sentimentalismo, para atribuirle, como *rara avis* que sin duda fue, una filosofía y una estética propias, que en aras de síntesis podríamos denominar un cierto tipo de epicureísmo (entendiendo por tal antes un “arte de vivir” que el culto del mero hedonismo). El investigador sabe que lo acecha un gran riesgo, seguramente abonado por sus más ansiosos colegas: el de la integración de su objeto de estudio, el de la –en lo posible, documentada– reinscripción de Heinse en algún contexto más amplio, que permita compararlo y reducir sus incómodas especificidades. Y para ser justo con su personaje, toma el camino opuesto. A tal punto, que no sólo recoge las consabidas difamaciones (Goethe, Schiller, Gervinus), sino que también desmiente –al menos parcialmente– ciertos presuntos redondos entusiasmos, como los de la *Frühromantik* (¿cuántas veces hemos leído que Heinse suscitó casi linealmente las *Herzenergieungen* de Wackenroder y la *Lucinde* de Friedrich Schlegel?).

Una consigna de la *Einleitung* bastará para definir la posición de este volumen: “Heinse’s poetische Eigenart erklärt sich vor allem aus der für ihn charakteristischen Verbindung von ästhetischer Analyse und lebensphilosophischer Sichtweise” (p. 37). De aquí que se ofrezca una lectura en paralelo de la vida y la obra del poeta, en busca de sus claves estéticas y filosóficas. La segunda parte del estudio puede leerse como una microbiografía intelectual, en tanto hace hincapié en las diversas concepciones de subjetividad disponibles en la época para un hombre de la sensibilidad de Heinse, revisando las tradiciones y debates circunstanciales (el rousseauianismo, el spinozismo, el eudemonismo, etc.) y las estrategias particulares que el escritor fue adoptando, inicialmente bajo la égida de C. M. Wieland. La tercera parte, en cambio, presenta análisis concretos de las obras mayores de Heinse como plasmaciones –no sin los típicos recursos de la literatura– de sus ideas respecto del arte y de la vida, y acaso constituya el máximo aporte que esta investigación tiene para hacerle a la filología alemana. Pues aquí se cala no sólo en las

obras más conocidas, como el *Ardinghello* o la *Hildegard von Hohenthal* (1796), sino también en escritos clave como la temprana novela *Laidion, o los misterios de Eleusis* (1774), los ricos cuadernos de apuntes, y el tardío relato *Anastasia, o el juego de ajedrez* (1803). Y leída como la producción de una profunda filosofía de vida, y ya no como una expresión de erotismo procaz o una celebración de paganismo renacentista, la injustamente olvidada obra heinseana cobra un relieve inusitado: sus siempre discutidas calidades poéticas y narrativas ceden lugar a su estatura como textos filosóficos, y más aun, socio-políticos, lo que permite enfocar desde una nueva perspectiva ciertas formas consagradas de gusto y de vida. El *Fazit* final, así, redondea el retrato del autor como un original y un solitario, dotado de un talento que su época –y en realidad todas las épocas posteriores– habrían entendido mal: no el talento para el arte de escribir, sino el talento para el arte de vivir.

Puede acusarse a Gert Theile de biografismo, de contextualismo, y más aun, de relevar un objeto escasamente delimitado por sus predecesores para devolverlo, al final, casi más indefinido que lo que lo tomó. Pero sus opciones metodológicas atienden a las necesidades concretas que el desafío presentaba, y a veces la única conclusión posible sobre un presunto marginal incomprendido es la enumeración de los muchos motivos que lo condujeron a la marginalidad y la incomprensión, sólo que con un agregado: que su marginación fue deliberada, con plena conciencia de su parte.

Marcelo G. BURELLO

ZELLER, Christoph (ed.): *Literarische Experimente: Medien, Kunst, Texte seit 1950*. Heidelberg: Universitätsverlag 2012. 433 pp.

Con frecuencia se reincide en el debate sobre los límites de la literatura y las posibilidades que abre su expansión medial, es decir, qué caminos se abren a la literatura más allá del texto escrito. Los estudios sobre estos “límites” del arte literario se pueden enfocar desde diversas perspectivas, dentro de las cuales cabría situar el tema aquí tratado, la literatura experimental. Como Christoph Zeller nos avisa en la introducción de esta obra, una compilación de artículos de la que él se ha hecho cargo, a la “Experimentelle Literatur” se le reconoce desde 1975 su condición “literaria” (p. 18) gracias a las referencias que Harald Hartung hace al respecto en su obra *Experimentelle Literatur* (1975). Mas no por ello podemos afirmar que su presencia en el ámbito teórico de la literatura sea un hecho consumado. Zeller nos recuerda en consonancia lo que Karl Löwith remarcó al respecto de Leonardo, los teóricos musicales del siglo XVI y los “naturwissenschaftlichen Experimentatoren” (p. 21), que afirmaban que la naturaleza alumbraba sus secretos “durch technische Kunst, durch kunstvoll angesetzte Experimente” (p. 21). El concepto del “experimento” se emparenta así con su etimología latina *experi* y se constata por primera vez en la antigüedad y permanece vigente como tal hasta la escolástica como sinónimo de “experiencia”. Es Francis Bacon el que añade a esta